

ANTOFAGASTA

los mejores 100
cuentos de la
decimotercera
versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA DECIMOTERCERA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plágio
Abril de 2023

Selección | Fundación Plágio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plágio
Edición | Sebastián Astorga A.

Inscripción nº 2023-A-2758 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-53-8
Tiraje: 20000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por Aimpresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

ANTO FAGASTA

los mejores 100
cuentos de la
decimotercera
versión
del concurso

EN 100

PALABRAS

Los cien cuentos que reúne este libro dan cuenta del desafío de estos últimos años y de cómo lo hemos enfrentado desde diversas miradas. Visiones creativas que son las gestoras de Antofagasta en 100 Palabras.

En esta edición recibimos cerca de 60 mil relatos originales desde todas las comunas de la Región de Antofagasta. Un proyecto inspirador que esperamos siga construyendo un gran relato colectivo que año a año suma a más personas que representan nuestro territorio e historia.

Por medio de esta iniciativa como Escondida | BHP continuamos fomentando por más de una década el desarrollo de capacidades educativas en la comunidad, centrándonos este 2023 en los estudiantes quienes construirán el futuro de nuestra Región.

Esperamos que estas nuevas historias te inspiren a crear tus propios relatos que año a año quedan plasmados para siempre en estas breves pero simbólicas páginas.

ESCONDIDA | BHP

Antofagasta en 100 Palabras durante más de una década ha invitado a escribir a personas de todas las edades y comunas de la Región, siempre con la premisa de que todos tenemos una historia que contar y que podemos hacerlo en esta forma breve. A partir de esta invitación han sido miles de personas las que se han conectado con su propia creatividad y han escrito cuentos que relatan la historia, las anécdotas, personajes y naturaleza de Antofagasta.

¿Por qué escribir un cuento? ¿Qué le pasa a cada uno cuando lo hace? ¿De qué escribir? Las respuestas son infinitas. Desde Fundación Plagio estamos convencidos de que el ejercicio creativo que nos da el tomar un lápiz y un papel y escribir, o al tipiar en nuestro computador o teléfono un texto, nos ayuda a procesar experiencias, a empatizar con la vida de otros, a observar nuestro entorno y, por supuesto, a disfrutar del placer de una historia.

Esperamos que te animes a escribir tus cuentos en esta nueva versión de Antofagasta en 100 Palabras. Imagina que estás en medio del desierto, en mitad de la ciudad o frente al mar. Cierra los ojos, escucha el sonido del viento, de las olas, de las aves, de los autos, inventa un cuento. Escribe una historia. Mira el cielo y escribe cómo se llenó de estrellas.

Queremos leer tu historia.

FUNDACIÓN PLAGIO

Polvo de estrellas

Vino desde muy lejos para ver el cielo. No tenía dudas de que aquel era el lugar: un desierto extenso, el aire seco que agrieta los labios, una mano de roca perenne que apunta al firmamento. Pero fue solo hasta que vio a la Vía Láctea estrellarse contra la montaña cuando comprendió que algo había en común entre el material del que estaban hechas las estrellas y el polvo que en ese momento ensuciaba su piel.

DANILO GONZÁLEZ DÍAZ, 36 años, Antofagasta.

Lobito

Mención Honrosa

«Antes, todo esto era campo», dicen mis parientes sureños. «Antes, todo esto era mar», les digo yo, tomando sol.

MITZU MUÑOZ TAPIA, 26 AÑOS, Antofagasta.

El cocimiento

Primer Lugar

Antofa es como un cocimiento. Metes a todos ahí, los choros, los pollos, los vacuna, los cuello almeja, los longaniza, condimentas con harta cebolla y una gran caja de vino. Allí se juntan y a veces se separan, pero ahí están, mezclándose, dando jugo y cocinándose a merced de la llama del sol, a fuego rápido.

MAURICIO MONARDES CANTILLANA, 38 años, Antofagasta.

Trópico de Capricornio

Los viejos fantasmas del desierto cuentan que la pampa antofagastina, a veces, se da cuenta de una cicatriz que la destaca. Parece línea mapeada de un señor del zodiaco, dice uno de ellos, como invisible huella de geógrafo embelesado. Un hito celebra, dice otro, enfatizando, rayos solares verticales danzan, al medio día, en solsticio de verano. Las animitas lugareñas se sienten gratas, pues allí sus sombras no se notan y concurren, saltarinas, dibujando trazo invisible a los aviadores poetas. Viajero que pasas, verás figura caprina, si abres tu corazón, diciéndote feliz viaje o bienvenido a Antofagasta.

TITO PIZARRO CASTRO, 82 años, Antofagasta.

El norte

¿Y si Run Run se perdió en el desierto como otros y por eso aún no vuelve?

FERNANDA GÓMEZ SÁNCHEZ, 21 años, Antofagasta.

Tour astronómico

Premio al Talento Breve

Uso el láser para que vean arriba a las estrellas, en vez de que noten mis zapatos rotos.

NELSON SARMIENTO MARTÍNEZ, 37 años, San Pedro de Atacama.

Mafia antofagastina

Los gatos del terminal pesquero traficando marisco a los lobos marinos.

VALENTINA SOTO VILLAVICENCIO, 17 años, Antofagasta.

Espejismo tras la cordillera

Había una vez, en un recóndito rincón de la cordillera Domeyko, un grupo de tres encantadores animalitos de este bello lugar. El mayor se destacaba por su pelaje, era un gato montés, deshidratado y agotado, que se encontraba acompañado por una vizcacha y un ratón orejudo. Estos dos pequeños estaban en una situación peor que su compañero mayor. Se encontraban en un viaje de tres días sin descansar ni hallar agua, esperaban llegar al final de su viaje juntos como una manada, deseando que el destino les regale las frescas aguas de una laguna en la cual redimirse.

ALEXANDER LONDOÑO CÓRDOBA, 19 años, Calama.

Los trece leones negros

Cuentan los ancianos que, al comienzo del Paseo Prat, los fundadores de Antofagasta decidieron dejar inmortalizado en el suelo un mapa de bronce el cual indica dónde se encuentran las estatuas de trece leones negros, ubicados en el perímetro aledaño a la Plaza de Armas. Quien logre descifrar el mapa y encuentre los trece leones negros será reconocido como Hijo Ilustre y se le entregarán las llaves de la ciudad.

FRANCISCO NAWRATH AROS, 33 años, Antofagasta.

Un león amistoso

Desde pequeños nos dicen que los leones son peligrosos y salvajes, pero yo conozco a uno viejo, en la Plaza Colón, que siempre se deja domar por niños.

FERNANDA ALDUNATE ZULETA, 16 años, Antofagasta.

Kiosko de Retreta

Ocho años, se suponía que serían dos. Una vez escuché: «no pases por debajo del kiosco de Retreta en la plaza o jamás te irás de la ciudad». No supe antes, no sé si no habría pasado de igual forma sabiendo qué sucedería. No sé si para bien o para mal, parece que me estoy quedando. Lejos de la familia, del nido, no quedó otra que armar mi nuevo nido, traer mi nueva familia y llenarme del amor de La Perla. La gente va y viene, seguramente no todos pasan por la pérgola para quedarse, qué mala suerte.

VÍCTOR MELLADO VILUGRÓN, 35 años, Antofagasta.

Estrellas en el suelo

Estaba de vuelta en Antofagasta, y la luna ya había alcanzado su punto más alto. Fue un día agotador y me encontraba somnolienta mientras miraba a través de la ventana del auto. La única pregunta que pasaba por mi mente en ese momento era: ¿Desde cuándo las estrellas están en el suelo?

ROCÍO BAEZA QUIROGA, 17 años, Antofagasta.

Todas las mañanas

Todas las mañanas, sin falta, las palomas se reúnen en la plaza de los juegos. Todas las mañanas don Galvarino sale a tomar el fresco. Sale con su silla, parlantes, música, el periódico y las migas de pan.

ZIMRY NAVARRO BLANCO, 34 años, Antofagasta.

Jimmy

«Tengo veinte Jimmys, mamá», dice mi hijo pegado a la ventana mientras conduzco a casa. Y es que a lo largo de la ciudad, hay un grafiti como de fantasmita con dientes de vampiro a quien mi hijo apodó Jimmy, y tiene la cuenta: encontró tres juntos en calle Iquique, y dos más en Condell con Copiapó. Ahora es una obsesión divertida, un juego. Yo solo he encontrado nueve. Por favor, quien sepa del grafitero, gracias.

VIVIANA MUÑOZ SALAZAR, 41 años, Antofagasta.

En el centro de la ciudad

Caótico y bullicioso. Entre bocinas y voces, caminando sin detenerme, todos caminan hacia un punto fijo, de lunes a viernes, todos caminan hacia un punto fijo.

JOHANNA OSSANDÓN ARAYA, 22 años, Antofagasta.

7x7

Ya pasaron los 7 días, esta vez se le hicieron más largos que en ocasiones anteriores. Su hija de un año dio sus primeros pasos y él no estaba ahí para verlo. Su esposa le envió un video del momento, que mira repetidas veces. Durante el viaje solo piensa en abrazar a su esposa y cargar en brazos a su hija. Llega a casa, saluda a su familia que lo esperaba y su esposa prepara su comida favorita: arroz con huevo.

CYNTHIA MONSALVE TRIVIÑO, 28 años, Antofagasta.

Memorias de niñez

Mi sueño era ser prostituta. No sabía lo que era, pero me gustaban los comentarios de la familia cuando se reunían a jugar cartas, celebrar cumpleaños..., siempre estábamos juntos. A los seis años me parecía que eran felices y prósperas, con perfume, plumas y belleza. Hoy tengo sesenta y cuatro años y entre risas y comentarios, entiendo lo que no entendía. Ya es tarde para un emprendimiento...

RITA TAPIA CASTILLO, 64 años, Calama.

Tren a Mejillones

Estaba buscando trabajo, cuando me informaron que, en el norte de Chile, necesitaban obreros. Armé mi bolso, me despedí de mi madre y mis hermanas y partí rumbo a Mejillones. Nunca en mi vida había oído hablar de ese lugar, lo único que había escuchado era una canción «en Mejillones yo tuve un amor». Espero que me vaya bien con el trabajo y en una de esas en el amor. Estoy soltero desde siempre, soy un hombre tímido, temo acercarme a hablar con una mujer. Algunas veces, cuando me tomaba unos vinos con el José, me ponía valiente.

MARGARITA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, 38 años, Mejillones.

¿Habrán caminado por todo el desierto?

Premio al Talento Joven

Llevo tiempo pensando en cómo llegaron los arácnidos que deciden hospedarse en un rincón de mi pieza, en el techo del living o detrás de algún cable, como si hubiera contratado sus servicios eléctricos. Quizá atravesaron un montón de calles esquivando autos y pisadas antes de instalarse en nuestros hogares y darnos uno que otro susto de bíblicas proporciones. Las más afortunadas de seguro han llegado en equipajes, pero las más desdichadas, las primeras arañas en llegar a Antofagasta, ¿habrán caminado por todo el desierto?

BRUNO BAEZA QUIROGA, 18 años, Antofagasta.

Lobos marinos

Se sorprendieron cuando, entre la caleta y el muelle histórico, un grupo de humanos se tomó la calle.

FELIPE ANDRADE LEGUA, 33 años, Antofagasta.

La lluvia arrepentida

A veces amanece el cielo con una sombra oscura que presagia lo inevitable de las precipitaciones en la ciudad. Pero los antofagastinos sabemos que, casi siempre, la lluvia se arrepiente.

RODRIGO BARRAZA PEÑALOZA, 45 años, Antofagasta.

Mi abuelo es rana

Mi abuelo es rana; más bien es un pescador, un mariscador, un buzo. Pero me siento mejor imaginando que cuando baja a las profundidades no necesita de su esnórquel para respirar, sus ojos comienzan a cambiar de color y su cuerpo se transforma. De pronto, mi abuelo es una rana, una rana gigante que va saltando, capturando jaibas, atrapando pescados con su lengua, siendo uno con el mar.

MARCELO ORTIZ HIDALGO, 26 años, Antofagasta.

La choca

Jugaba escondido detrás del palo poste, el sol quemaba, la cara roja, el chuño en el cuello, el machucón en la rodilla, una silueta en la esquina, el firulai de la vecina ladraba, papá llegaba, el bolso lleno de choca, corrí al upa, corrí a la casa, ¡el papá llegó del trabajo! Se termina el turno, subo al bus, viento seco de faena, tengo barba, tengo bigote, uso mascarilla, uso bototos, una galleta rueda en el piso, escucho el grito, ¡recójanme la choca de mi cabro chico!

FRANCISCO MAGNA GARCÍA, 29 años, Antofagasta.

Celebración

Bastante entonados ingresamos al local nocturno habitual en el que celebrábamos la aprobación de un ramo en la universidad. Éramos seis, cinco salieron a bailar y yo me quedé mirando, al otro lado de la pista, una rubia espectacular. Verla y empezar un plan de conquista fue inmediato, cerraba un ojo y le sonreía, de repente ella se acercó al oído de su acompañante, este de pie creo medía dos metros y pesaba 150 kilos, avanzó hacia mí, cuando ya estaba muy cerca empecé a cerrar permanentemente el ojo, me miró, hizo un gesto de desdén y se marchó.

JUAN CARLOS QUIJADA ROJAS, 69 años, Antofagasta.

Polos opuestos

Tú tan Parque Angamos y yo tan Feria de las Pulgas.

FRANCISCO-JAVIER RÍOS ARAYA, 36 años, Antofagasta.

El vertedero municipal

¿Por qué huele tan mal?

TOMÁS ARAYA NADAL, 11 años, Antofagasta.

La brigada comunitaria

Ninoska va camino a casa después de terminar su jornada laboral, la oscuridad de la noche le provoca cierto temor. A unos metros, el cabo Otto y sus soldados Canelo y Luna parecen sentir el temor de la mujer, por lo que deciden ir a indagar en lo que sucede. Al llegar a su lado, Ninoska sonríe aliviada y es escoltada hasta su casa. Ahí la mujer, en forma de agradecimiento, les provee de alimentos y por último acaricia los tres lomos de los canes protectores de las calles de Antofagasta.

LUISA BARRIGA PLAZA, 25 años, Antofagasta.

El Corbatita

Con sus ojos saltones, camisa manga corta, corbata y suspensores, a paso lerdo iba el Corbatita. Personaje de la población 11 de Julio. Bailaba y brincaba con los aplausos que lo incitaban en el almacén de Castillo, mientras por el cuello de la camisa escurría el sudor negro del betún que usaba para pintarse el pelo. Tal vez le faltan palos pal puente, decía el Raúl. Pero cuando le preguntábamos por algunas fechas... Corbatita, ¿qué día fue el 24 de junio de 1960? Viernes. ¿Y el día 23 de marzo de 1970? Lunes. Talento innato que nos dejaba a todos estupefactos.

JUAN ARAYA JERALDO, 62 años, Antofagasta.

Cuando casi robamos el león

Fue en 1964 y la broma por el aniversario de la Universidad Católica del Norte sería robar el león de la Plaza Colón. Fuimos de noche y comenzamos a retirar las tuercas del anclaje, sin imaginar que el carabinero de guardia en la Intendencia nos delataría. Nos detuvieron a los pocos minutos y luego de un corto paseo en furgón, ingresamos a la Tercera Comisaría desde donde, después de pasar la noche, enfrentamos al juez del crimen. Su señoría, informado que era una broma, solo nos condenó a barrer la plaza ante las burlas de los transeúntes.

JORGE RUZ LAFERTE, 78 años, Antofagasta.

La mosca azul

En los años sesenta fumigaron en forma aérea los vergeles de nuestros patios. A nosotros se nos blanqueaba la cabeza cada vez que nos lanzaban el insecticida; y también se nos secó el jardín, aunque los picaflores seguían llegando a protestar, para no dejar avanzar el desierto hacia las casas. Y con los años, nuestros cabellos emblanquecieron de verdad.

PATRICIA CARRIZO CARVAJAL, 65 años, Antofagasta.

Atardecer

Y gracias a la erupción de un volcán submarino al otro lado del mundo, como hace mucho, volvimos a tener un verano naranja.

RODRIGO FUENTES CARVAJAL, 25 años, Antofagasta.

Amarillo de mi corazón

Cuando la gente piensa en Calama, no se imagina para nada el color verde, sino de inmediato consideran el color amarillo. Pero yo les pregunto: ¿el amarillo de los atardeceres más cálidos?, ¿el amarillo de las hojas secas en las que jugué en mi infancia?, ¿el amarillo de las luces que tanto me emocionaba ver cuando llegaba desde otra ciudad?, ¿el amarillo del color de los sombreaderos de la plaza en la que descansaba?, ¿el amarillo de los sabrosos choclos calameños para el 23 de marzo?, o ¿el amarillo de la casa en la ciudad que me acogió desde pequeña?

YASNA MURANA MAMANI, 19 años, Antofagasta.

La piedra del camello

En el libro *La epopeya de Gilgamesh*, escrito dos mil años antes de la Biblia, se habla del diluvio. Dios encargó a Utnapishtin recoger una pareja de cada especie y guardarla en una nave que le mandó construir. Luego del diluvio repartió las parejas por todo el mundo. Le quedó un camello sin hembra, por lo que lo abandonó en una caleta llamada Tocopilla. El camello, triste, se echó y nunca más se levantó, hasta convertirse en piedra, símbolo de la ciudad. Nadie sabe que es prediluviano.

PEDRO REYES CORDERO, 78 años, Antofagasta.

Clickbait

Se confirma el rumor de lo que sospechábamos que pasaría en Antofagasta. Sigue leyendo este libro para saber más.

PAULA VALVERDE CASTILLO, 36 años, Antofagasta.

Vida de lobos marinos

«¡Qué flojera!», dijo uno. «¡Qué hambre!», dijo el otro. «¡Cállense los dos!», dijo el tercero. «¡Guatita al sol!», gritó uno desde el mar. «¡Ahí vienen los ciclistas, no los dejen pasar!».

CARLA CHACANA ROJAS, 32 años, Antofagasta.

A pata pelá

Ni la tierra calcinante de la pampa, ni las piedrecillas incrustadas en la planta de los pies, ni sus dedos reventados por los pisotones aplacaron sus sueños de ser un crack. Cuenta a sus pupilos que su resistencia y velocidad se debía a que, por necesidad, mayormente jugaba a pata pelá.

EDUARDO CORTÉS PEÑA, 50 años, Antofagasta.

Inmigrante

Me llamo Gonzalo, soy venezolano. Hoy llegué a Antofagasta a buscar trabajo, es una larga historia. Comencé en Venezuela, tuve que caminar mucho para llegar a Chile, pasé por Colombia, Ecuador y Perú, por pasos ilegales y perdí a dos compañeros que murieron de hipotermia. Me quedé un día en Arica, luego fui a Iquique, encontré a varios inmigrantes de mi país, también de Colombia y muchos más países. Seguí mi travesía hasta llegar a La Tirana, luego Calama y al final a Antofagasta. Acá trabajo como cajero de una pizzería. Quizás no debí salir de Venezuela.

CIRO AHUMADA ÁLVAREZ, 10 años, Calama.

La antofagastina

«Sí, pu», exclamó la menor de la familia. Todos nos sorprendimos y nos miramos, no era su primera palabra, pero sí la única antofagastina desde que llegamos de Colombia.

SALOMÉ CUERVO RÍOS, 14 años, Antofagasta.

Gracias, pandemia

Tengo catorce años, soy hijo único y uno más de los que vivimos encerrados por esta pandemia. Tengo un buen amigo, Alberto, que conocí en la escuela. Es extranjero, vive en uno de los tantos campamentos por el sector norte, cerca de mi casa. La pandemia nos alejó un tiempo. Los padres de Alberto sufren los efectos sociales y económicos, no podía integrarse a la educación *online* por carecer de medios para conectarse, lo cual permitió que se viniera a vivir con nosotros, como un hijo más, compartiendo nuestro hogar. Hoy gané un hermano: Alberto.

MANUEL BARRA HERRERA, 79 años, Antofagasta.

Bitácora paralela

Rutina aburrida, soledad junto a una ventana con vista al mar y cerros distantes, bocinar de autos. Él llega cansado de noche, apenas me saluda y ni me mima. Así es la vida en este lugar insípido sin vegetación. Hasta que vino un nuevo año y por algún extraño motivo, él empezó a quedarse más en casa y atenderme. Incluso los bocinazos pararon. Incluso trajo una pequeña planta. Pasaron dos años. Los bocinazos volvieron y su llegar de noche también. Pero desde aquella vez nunca ha parado de consentirme, las cucardas florecieron de nuevo y adoro este lugar. Ronroneo feliz.

FARID CHAR BONILLA, 39 años, Antofagasta.

Ostiones con caporal

Se detuvo en la caleta, con los ojos mojados y ahogándose con la mascarilla. La pena le embargaba. Se metió la mano al bolsillo y encontró un billete solitario para poder comprar una empanada de ostión queso. Caminó y se sentó al lado de la Municipalidad, apretando la bolsa aceitosa de papel. Un grupo de personas bailaba caporal con mucha emoción, mostrando el brillo incomparable de sus trajes. Sonrió y comenzó a llorar, no todos los días se celebraba así la ruptura de un corazón por un amor no correspondido.

CLAUDIA ALFARO TELLO, 37 años, Antofagasta.

Tu mirada

¿Alguna vez he visto tu cara? No sé cómo es tu nariz, la forma de tu boca, tu mentón, si tienes lunares o tal vez margaritas... Pero conozco muy bien tus ojos, también tus cejas y tu frente. Podría fácilmente reconocer tu mirada. Y que te gusta usar mascarillas negras.

MILLARAY GALAZ PÉREZ, 16 años, Antofagasta.

Medidas sanitarias

Premio al Talento Infantil

Mi perro es porfiado. Se escapa a la calle en cuarentena y se junta con puros quiltros que no respetan las distancias oliéndose el trasero. Cuando intento ponerle la mascarilla se la saca y la muerde. Si supieran lo difícil que es desinfectarle las patas y después tomarle la temperatura con un termómetro de vidrio. Es que el Nerón es como esas personas que hacen fiestas. Yo estoy a punto de denunciarlo, pero no quiero que se lo lleven preso.

FERNANDA GAROTTI DÍAZ, 10 años, Antofagasta.

Chungunga

Ella era una chungunga de la UA y se cruzó con un cachorro de la USACH. Y juntos caminaron por la playa, sin tomarse de la mano, pero mirando al mar. Y comieron pizza en la costanera, viendo los atardeceres de La Perla. Y caminaron por el Parque Brasil, y de aquí para allá. Qué rara que es la vida, que trae un cachorro de Santiago a esta ciudad. Él era un nómada con hambre de aventuras, y a la chungunga le gustaba su paz y tranquilidad. Se conocieron en verano, salieron en otoño, y en invierno él se fue a Taltal.

CAMILA DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ, 29 años, Antofagasta.

La pérgola

Cuando llegué a Antofa, lo primero que conocí fue la Plaza Colón. Mi cara de turista hizo que un viejito se acercara a mí mientras fotografiaba la pérgola. «Si pasa una vez por abajo, en algún otro momento lo volverá a hacer», me dijo entusiasmado. No le creí po', y cuando menos me di cuenta, ocho años después volvía a aquel mágico lugar con mi hija en brazos.

AXEL GUERRERO TORRES, 23 años, Antofagasta.

Un clásico

La cosa no es tan simple. Llegar y pasar por debajo de la glorieta de la Plaza Colón es para valientes. Para los que no tienen miedo de imaginarse el futuro volviendo siempre a encontrarse justo en el corazón de La Perla.

CLAUDIA ZAZZALI CONTRERAS, 48 años, Antofagasta.

Antofagasta es como Chile

Yo creo que Antofagasta es como todo Chile en una sola ciudad. Cuando vi el mapa de Chile por primera vez, pensé que se parece a mi ciudad Antofagasta, porque es igual de larga y también es muy angosta. Los climas sí están cambiados, porque cuando vamos por las tardes a judo, viajamos desde el norte al sur, salimos abrigadas porque en el norte hace frío y hay nubes por todo el cielo, cuando llegamos al muelle ya se puede ver el sol y cuando llegamos al balneario hace calor, es como realizar un viaje sin salir de la ciudad.

ISIDORA BRAÑA CORTÉS, 8 años, Antofagasta.

Calamidad

Soy calameño antes que chileno e hincha de Cobreloa antes que de La Roja. ¡Qué calamidad!

JUAN TORRES ESCALERA, 34 años, Antofagasta.

Terremoto

Mención Honrosa

Cuando sentí la primera sacudida, no le di importancia, me quedé en la cama. Otro temblor, dije. Cuando la tierra empezó a rugir y moverse más fuerte, corrí a la puerta, recé todo lo que me sabía y trataba de ver si las olas crecían en el horizonte, pero lo único que pude ver fue cómo el muro ondulaba y era perfecto. Un minuto más tarde, eufórica por el terremoto, abracé a mi hermana. Ella lucía tranquila y llena de joyas, las que agarró por si había que cambiarlas por agua y alimentos. Siempre fue más inteligente que yo.

CINTHIA ROJAS CASTILLO, 48 años, Antofagasta.

El gorrión del aluvión

Una atmósfera de desolación y desesperación inundaba la ciudad de Antofagasta la mañana del 18 de junio de 1991. Seis aluviones de agua, tierra y rocas habían arrasado con parte de la ciudad y habitantes de La Perla del Norte, producto de una extraña lluvia torrencial ocurrida esa madrugada. Un pequeño gorrión color chocolate se posó sobre la derrumbada talabartería Navarrete. Sus dueños habían puesto todas sus esperanzas financieras en ella, esa mañana las vieron por el suelo. Señal mítica de esperanza llevó a los emprendedores a una resurrección emprendedora. Hoy se erige en el lugar la chocolatería El Gorrión.

MARCO GUEVARA SOTO, 44 años, Antofagasta.

Pequeña sacudida

Me metí a la red social a buscar el *hashtag* «Antofagasta temblor». Me di cuenta que éramos muchos desvelados queriendo saber el grado, pero ninguno asustado, porque sabemos que la tierra acá es dura, fuerte y hosca. «6.4, Socaire». OK, sigamos durmiendo.

MARÍA FERNANDA AGUILAR FERNÁNDEZ, 35 años, Antofagasta.

Un bus a la deriva

Salgo corriendo de clases para tomar el bus. Tenía muchas ganas de ver a mi familia. Muestro mi boleto en el celular, con destino a Antofagasta, ya que no existen pasajes directos hacia donde voy. Le digo al auxiliar que me bajo en el cruce de Taltal, pero él desconcertado me dice que nunca había escuchado aquel lugar. Entonces, le propongo avisar cuando estemos cerca. Sin embargo, no logro reconocer el cruce por la espesa bruma. Pasan horas y horas y el bus avanza. Avanza navegando errante entre arena y camanchaca.

FLORENCIA VILLAGRA CHEPILLO, 25 años, Taltal.

La Mano del Desierto

En la Región de Antofagasta hay una de las atracciones más impresionantes del país, para muchos la mejor escultura de Mario Irarrázabal, pero para otros pocos, Mario solo desenterró la mano de un gigante, el cual fue sepultado por toneladas de arena en el gran desierto.

PAULA CALDERÓN BLANCO, 15 años, Calama.

La caminata de fe

Todo comienza en septiembre, cuando organizamos la carga que llevaremos en la gran caminata hacia la Flor del Desierto. Lo primero es tener fe y las ganas de llegar al destino, puesto que la caminata parte en el atardecer para después alcanzar el primer punto de descanso, comer y luego seguir caminando expuestos al sol, al viento, la tierra y la dificultad del camino. Cuando ya estás cerca del pueblo y escuchas la música, el corazón late de emoción y alegría, ya que con fe y esfuerzo has cumplido la promesa de llegar a los pies de la chinita.

VALENTINA RÍOS RÍOS, 12 años, Ollagüe.

Crecer

Me di cuenta de que crecí en el momento en el que fui a la feria de las pulgas a comprar ropa en vez de empanadas de queso.

JUAN ARAYA ULLOA, 20 años, Antofagasta.

Paseo dominical

Juan era un niño de cinco años, los domingos concurría por la noche de paseo a la Plaza Colón. Esta era un lugar atractivo frecuentado por muchas personas; por la juventud y soldados Fach que esperaban el bus que los trasladaría a Cerro Moreno. La banda militar tocaba diferentes piezas desde la pérgola, mientras las personas caminaban por el contorno de la plaza una y otra vez. Hoy, Juan se empapó de nostalgia al contemplar a sus estudiantes, en el recreo, circular una y otra vez por los patios de su liceo y cabalgó con ellos rumbo a su niñez.

JUAN PICÓN MORGADO, 67 años, Calama.

La butaca incómoda del cine Astor

Fuimos al cine con el hijo de la patrona de mi mamá; éramos muy amigos. Yo estaba acostumbrado a la galería de otros cines, y en eso se inaugura el Astor. Alcanzó el dinero para platea, y entramos cuando ya habían apagado las luces. Me senté en la butaca, pero la encontré incómoda. La gente empezó a reclamar con silbidos: «¡¡Siéntate!!, ¡siéntate puh, weón!». Era yo, que me había sentado con la butaca arriba, tanto así que mi amigo me dijo: «¡¡Baja el asiento, huaso weón!!». La gente se reía a carcajadas. Antes de terminar la película, me salí de pura vergüenza.

NELSON MART ÍNEZ MAGNATA, 77 años, Antofagasta.

Silvio

Mención Honrosa

Siempre le hice el quite al centro, pero cuando era necesario ir, mi parada obligatoria era en calle Prat donde se instalaba el «Silvio de Antofa». De suave voz, bálsamo para el ardor del ajeteo, interpretaba las canciones del cubano como si de él mismo se tratara. Verlo acariciar la guitarra con una seguridad envidiable, propia de quien es capaz de ver con el corazón, era el cierre perfecto para el tedio de los trámites. Hoy en día se le puede encontrar en el mismo lugar cantándole a Dios, aunque de vez en cuando se acuerda del Unicornio Azul.

DIEGO AGUILAR YÁÑEZ, 34 años, Antofagasta.

La marraqueta y la empanada

Es domingo y en Antofagasta se disfruta de los más ricos aromas a marraquetas y a empanadas. ¿Será una buena costumbre?, o ¿será que es tiempo de valorar las pequeñas grandes cosas de la vida?

GERMÁN BARRIOS RÍOS, 47 años, Antofagasta.

El Naranjo

Ingrata, esquivada y seductora; como toda veta de mineral precioso, existencia pasada de voz en voz por unos pocos de antiguas generaciones de La Perla. Mina de oro sumergida en las entrañas del cerro Coloso, amada por pocos y buscada por varios que en su intento perdieron recursos, fuerza y fe. En algunos atardeceres con vista de mar hacia tierra, donde el sol encendiera el cerro, los pies del aventurero se dirigirían; si la suerte acompañaba, entrada y permanencia breve antes de que la marea subiera, o dentro quedaría con ojos cerrados por siempre durmiera. Tan secreta en leyenda convertida.

DAVID ARAYA VARAS, 43 años, Antofagasta.

Olorcito a madera

Jugaba toda la tarde con mis amigos después de llegar de la escuela, afuera en el pasaje Bogotá. Éramos libres y felices jugando a las escondidas y no lo sabíamos. Cuando sentíamos el olorcito a madera de la cocina sureña de la vecina Olga, la vecina más viejita, que hacía pan amasado, nos poníamos en fila para recibir casi un tesoro ancestral, y nos entrábamos a tomar la choca y comenzar todo de nuevo al otro día..., comiendo lo que nos quedó del pancito con olor a madera.

PAMELA CORVALÁN ZAMORA, 35 años, Antofagasta.

La Perla del Norte tiene carrete

Antofagasta, la morena bonachona y sonriente... La Perla que madruga mimada entre sol y mar abierto. Hoy se viste de gala porque organizó carrete y, desde La Portada, vuela rauda cuál zarapito sopetón. Debe recoger a su grupa La Chimba, el parque Croacia y las Ruinas de Huanchaca. También avisó que viene su amiga, la Mano del Desierto, con amistades bien quebradas, La Carrizo y La Bruja. Habrá gran fiesta latina en su añosa Plaza Colón: Empanadas, arepas, anticuchos, ceviche, sancocho, cueca, konpa, saya y joropo por doquier... ¡Habrà fiesta pa'rato en casa de Antofa si todos se portan bien!

MANUEL PALMA ESQUIVEL, 58 años, Calama.

FCAB

Se detiene ante las luces intermitentes del cruce ferroviario y piensa que este sí va a ser infinito.

ADRIÁN ARQUEROS LILLO, 28 años, Calama.

La señora estación

La estación de trenes de Baquedano es una señora silenciosa, amable y entretenida que nos dejó que corriéramos por ella con mi hermano subiendo y bajando de los viejos vagones. A través del viento nos susurró más de una historia de pampinos, cobre y sal. Y con el sol auestas se despidió con un gran silbido y el chirrido de sus oxidados rieles esperando que la visitáramos una vez más.

MAITE OJEDA OLIVARES, 12 años, Antofagasta.

Nenita usaba minifaldas

Nenita tenía ochenta años cuando su vida desapareció frente a las marejadas de la costanera antofagastina. Sacudió su alma en medio de ojos desconsolados, perdiendo la lucidez. Deambuló sus ochenta años por barrios de Antofagasta. Emperifollando una minifalda de estudiante inexistente al mostrar sus piernas marchitas. Sus ojitos grotescos pintaban su locura y una sonrisa imposible. Así pasaba el tiempo casi cautivo. Nunca entendió su demencia, los años encargaron su vida en ese eterno deambular por callecitas de La Perla del Norte. Cierta noche tormentosa, supo de su viaje, solo el mar impregnaba a esa jovencita de ochenta años.

JUAN BUENDÍA SANTANDER, 69 años, Antofagasta.

La Adela

La conocía muy bien, sabía que saldría corriendo detrás de él, llorando y rogándole que volviera a la casa. Que nunca más reclamaría que llegara borracho, que olvidaría los golpes y los insultos, que la perdonara, pero que no la dejara ¡por favor! Sin embargo, esa vez fue distinto. El llanto de su pequeño hijo la detuvo. Cuando escuchó el ruido de la explosión de los cartuchos de dinamita amarrados a su cintura. Tenía todo preparado para los dos. La historia de la Adela ocurrió hace muchos años en la Salitrera. Pero todavía vive en muchas ciudades. Aún hay Adelas.

LUZ JORQUERA LÓPEZ, 69 años, Calama.

Carrera al cerro El Ancla

Silenciosa, única e imponente se divisa desde varios puntos de Antofagasta. Nos observa, respira la brisa marina y disfruta de los atardeceres. Reúne a sus hijos, llenando de colores el cerro que la levanta, quienes corren por ser los primeros en ser cobijados bajo su protección, por descubrir qué esconde a sus espaldas y compartir felices el triunfo de ser los ganadores de la Carrera al Cerro el Ancla.

ROSARIO MARCHANT ÁLVAREZ, 49 años, Antofagasta.

Mariscar

Esa mañana Miguel soñó con el mar. Había esperado las vacaciones de invierno para enseñarle a sus hijos a mariscar en alguna playa perdida de la costa. Antes de subir al turno, dejó arreglado el bolso, la carpa, una parrilla y otras cosas con las que armó un cerro en el living de su casa. No quería perder tiempo. Tomar todo, pasarlos a buscar a la casa de la madre y luego partir. Se desperezó, se calzó los zapatos de seguridad y salió a enfrentar el frío neopampino de la mina. Por un momento deseó haberse quedado mariscando por siempre.

ADRIÁN ARQUEROS LILLO, 28 años, Calama.

Aquaman

Muchos te dirán que es solo una persona en situación de calle, pero él tiene poderes, pues es capaz de controlar a los lobos marinos de la caleta.

DÁVOR MÁRQUEZ COLQUE, 21 años, Antofagasta.

Los calamorros

Con una sonrisa que me llegaba hasta el cerro El Ancla, me calcé un par de pesados calamorros nuevos de suela gruesa, que me permitirían amortiguar la dureza del suelo minero. Pero al mes surgieron esos malditos callos en la planta de mis pies y mis talones ardían por las rozaduras. Al levantarme en la mañana dudaba en colocármelos. Ya no eran aquellos que me hicieron feliz el día que me los entregaron. Al principio pensé que eran muy grandes, y de pronto resultaron ser pequeños para mis pies hinchados y heridos. Ahora, ¡cómo añoraba esa infancia a pata pelada!

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 74 años, Antofagasta.

El Negro

El Negro, un perro joven que andaba siempre con la Betty y la Lía, me acompañaba camino al colegio. Recuerdo que una vez se metió de intruso a mi sala. Todos gritaban y decían: «¡De quién es ese perro!». Desapareció del condominio, nunca lo volví a ver. Recuerdo su carita de tristeza cuando lo retaba para que se devolviera al condominio y cuando yo regresaba del colegio él estaba allí feliz moviendo su cola y se lanzaba contra mí. Hace poco me enteré de que una familia lo había adoptado. Qué feliz me sentí al saber que estaba bien y a salvo.

MARÍA JOSÉ ROBLES PEÑA, 11 años, Antofagasta.

El perro Copito

En Chiu Chiu unos pastores encontraron un perrito abandonado, le faltaba un ojito, lo llamaron Copito. Copito comenzó a pastorear las llamas. Cuando los pastores fueron a buscar a Copito, él ya no estaba y se pusieron a llorar. Copito había desaparecido en el desierto. Los pastores habían perdido la esperanza ya que habían pasado cuatro años de su desaparición. Inesperadamente Copito apareció cerca de la laguna Inca Coya, pero no se movía. Ese día ocurrió un milagro, él revivió, bebió del agua. Se dice que esas aguas tienen el poder de dar vida a todo aquel que las beba.

TRINIDAD MORALES PUNTARELLI, 10 años, Calama.

Ocaso

Recuerdo que éramos un grupo de seis amigos que vivíamos en la misma cuadra, estábamos en el mismo curso y teníamos por costumbre salir a jugar a la pampa, con la única restricción por parte de la familia que debíamos estar de regreso antes de que se escondiera el sol. O de lo contrario corríamos el riesgo de que nos apareciera el diablo. Un día, en el que estábamos muy felices quitándoles la cola a las lagartijas, nuestra entretenimiento se interrumpe cuando uno de mis amigos gritó: «Arranquemos, apareció el diablo, el cielo se puso rojo».

NELSON AVENDAÑO VÉLIZ, 64 años, María Elena.

La inquisición antofagastina

Y me dispuse a entrar a la Casa Camus, ese ensayo valía la mitad de la nota, tenía que jugármela, los pies me tiraban como si el frío me carcomiera, pero, a decir verdad, hacía bastante calor. En mi mano derecha llevaba mi libreta para los apuntes y en la izquierda el bolso contra vampiros antofagastinos, dentro, una cruz de cobre que había bendecido en la animita de Evaristo Montt, un frasco con salitre, no con sal, una infusión de hojas de ajo y palmeras del balneario. Voy encomendado en La Juanita y Don Evaristo, todo por el siete.

MATÍAS LUENGO ROJAS, 17 años, Antofagasta.

El lápiz pasta

Una tarde de colegio, estaba en mi sala preparándome para la clase, llevaba apenas una semana en esta escuela nueva, mi compañera de adelante voltea y me dice: «¿Me prestas lápiz cera?». Yo miré mis útiles y le digo: «No tengo de esos lápices». Ella me responde: «¡¿Cómo que no?! ¡¿Y eso qué es?!». Tenía en mis manos un lápiz pasta. «Disculpa», le dije, «eso no es lápiz cera». Ella me contesta molesta: «¡Qué egoísta!». Tiempo después comprendí, que en el norte le dicen lapicera al lápiz pasta. Lamentablemente mi compañera no entendió que yo venía del sur.

ANA ARAOS ORTIZ, 37 años, Antofagasta.

¿Sinónimos?

–Nos encontramos en el Korlaet de la Avenida Brasil a las diez.

–Abuela, Unimarc.

SOFÍA ROJAS VIEYRA, 24 años, Antofagasta.

Inviernista

No me considero inviernista, mucho menos veranista. A decir verdad, me gusta el té, el sonido de la lluvia, el abrigo largo, el pijama de polar, el gorro de lana y cómo no mencionar el navegao, pero hay un invierno invencible en mí, que me viene persiguiendo desde los noventa, ese que te duelen los huesos y traspasa el material ligero de tu casa, el que empapa las ventanas. Dicen que cuando llueve son las nubes las que lloran, en mi casa lloraba el techo y los jarros eran incapaces de contener tantas lágrimas.

FERNANDA JIMÉNEZ APABLAZA, 28 años, Antofagasta.

Me cambiaron las fondas

Para ser septiembre, no se sentía como tal. El viento no me fregaba la cara y las olas no reventaban contra las piedras de la costanera. El día se sentía distinto, aunque yo me sentía igual que siempre, con el mismo ardor en el estómago. Cuando mis piernas entraron en calor lo descubrí, aquel lugar en el que había planeado pasar mi noche seguía siendo un terreno baldío. La fiesta y los colores se habían mudado, era otro el escenario que albergaba la bohemia patria. Me quedé con mi garrafa y mis puchitos sentado entre los arenales pasando las penas.

CRISTÓBAL NAVARRO ORELLANA, 21 años, Antofagasta.

Apostasía

Estaba pronto a cumplir setenta años, había sido profesora casi toda su vida, aquella mañana cobró su pensión y a media cuadra la asaltaron. Robaron su dinero (que era poquito), además rompieron sus orejas para quitarle sus aros de oro. Al llegar a casa no llamó a la policía y por primera vez en muchos años esa noche no rezó.

JOSÉ ANTONIO REYES RASSE, 39 años, Antofagasta.

La Caleta 1973

Cuando terminé mi turno en la Tercera Comisaria de Antofagasta, dos horas antes del toque de queda, subí a mi Honda Accord y manejé hasta la Caleta. Después de ser controlado por unos militares, me encontré al Lucho algo inquieto, él me insistió en subirme a su bote y adentrarnos al mar. Estando lejos de la orilla, me contó que estaba aterrorizado, porque ayer cuando buceó para sacar erizos, se encontró cadáveres humanos, atados en redes de pesca y con piedras en las esquinas. Lo dijo en un tono tan inaudible, como si no quisiese que «El tirano» lo escuchase.

JAVIERA ERICES ZAMBRA, 15 años, Antofagasta.

Anónimo

Y pensar que en la Plaza Colón, alguien tapó los agujeros que dejaron las balas.

VERA ZEPEDA MONTENEGRO, 24 años, Antofagasta.

Aloe vera

Soy la vecina que tiene caleta de aloes en el jardín. Si usted quiere uno, traiga una bolsita y toque el timbre que está por ahí medio escondido. No, no los vendo, los regalo. En serio. Tome, llévese tres. Siempre he sido mala para los negocios.

PAULA VALVERDE CASTILLO, 36 años, Antofagasta.

La vida de un día cualquiera

En la plaza recorro el mercado con el hambre reflejado en mi rostro. Camino asediado por tantas voces que predicán nombres de manjares ofrecidos al viajero del tiempo que nunca cambia. Voces con tantos tonos latinos que confunden el oído transformado que solo escuchaba a nuestra cadencia literaria del hablar nacional. Me confundo entre arepas, ceviche y otros, pero me decido por una cazuela con sabor extranjero.

JAIME ARÉVALO RODRÍGUEZ, 72 años, Antofagasta.

Soy artístico

«He estudiado en un liceo artístico toda mi vida, señor. Domino varios instrumentos musicales y conozco teoría musical. Soy todo un experto en el violín, puedo tocar la “Sinfonía n.º1” de Beethoven, el “Capricho 24” de Paganini, “Las Bodas de Fígaro” de Mozart, y ¡mucho más! ¡A LA PERFECCIÓN!, pero por favor señor guardia, tenga piedad y déjeme poder seguir tocando en este supermercado», le dijo el joven al guardia del Jumbo.

CRISTÓBAL SORIAGALVARRO GODOY, 16 años, Antofagasta.

La Cosa Nostra Lobera

Y ahí están, como padrinos tomándose la losa que da a la caleta. Y no puedes pasar si ellos no te dejan. No había visto antes a estos lobos marinos ponerse tan orondos después de merodear en el mar, buscando calentarse en la losa de concreto al final de un arduo día de trabajo, buscando peces y otros animalitos marinos, sin duda. Los Corleone y los Rosatto, *face to face*, decidiendo los negocios de la mañana siguiente, a ver quién gana el derecho de llevar segura a la familia lobera a un día más de nadar, alrededor de mi caleta.

ABNER PEREIRA AEDO, 50 años, Antofagasta.

La Caletita de Coloso

Una tarde, observando la puesta de sol en la Caleta Coloso, se acercaron dos barcos y uno le dijo a otro, que los vientos te lleven a buen puerto.

NANCY ALFARO QUISPE, 70 años, Antofagasta.

Exilio

Decidió irse cuando la ficción retórica de las canciones se volvió real. Cuando el corazón se le hizo arena en el pecho y el dolor la azotó tan fuerte que pensó «ya está quebrado, ¿cómo puede seguir rompiéndose?»; cuando los días se volvieron grises y comenzaron a saber a ron, a vino barato. Lo dejó todo: las olas del mar colándose por su ventana, su cafetería favorita e incluso las palomas psicóticas que la amenazaban cada vez que osaba comerse algo en la Plaza Colón. Ahora, lejos de todo, lleva el desierto en el alma.

ROSSANA VALDIVIA VALLE, 29 años, Antofagasta.

Una treta con la ciudad

Cada vez que iba al centro por trámites o a pagarse su pensión, se persignaba frente a la catedral y cruzaba la calle para pasar por debajo del kiosco de Retreta de la Plaza Colón, nombre que con suerte podía pronunciar. Todo para cumplir la promesa a ese amor que ya partió y al que le juró quedarse a vivir en la ciudad que fue testigo de su historia, aquella que comenzaron en Pedro y terminaron allá por la Miramar.

EDUARDO ELGUETA PAZ, 48 años, Antofagasta.

Sueño

En la noche tomé a mi hijo mientras lloraba, sus lágrimas quedaron en mi cara. Desperté. Las lágrimas eran mías.

PABLO ANDRÉS ROJAS RÍOS, 41 años, Antofagasta.

*Cuento creado en un taller de escritura en el Centro Penitenciario de Antofagasta - Nudo Uribe.

Despedida

Y así, poco a poco, dejó de estar entre mis contactos frecuentes, ya no estaba anclado en mi WhatsApp. Pero Antofagasta me ofreció olvido, con noches de bares y días de caminata por la costanera. Aunque los lobos en el muelle me lo seguían recordando.

SANDRA FUENTES MANCILLA, 33 años, Antofagasta.

Viajes

Ha estado viajando a Antofagasta por más de treinta años, a cursos, talleres o reuniones y también a velorios de familiares. Así ha ido conociendo el progreso de esta ciudad. Primero fue el Poroto, luego Romo, después Aladino, Fresia y hace poco la Chata. A los cursos ya no irá más, es de esperar que a los velorios tampoco.

AMÉRICA ROJAS HERNÁNDEZ, 67 años, Tocopilla.

Regreso a mi ciudad

Cinco años terrestres perdí en mi turno, viví entre estrellas y conduje entre planetas. Miné asteroides en un gran cinturón entre Marte y Júpiter. No fue solo la soledad que muchas veces me hacía recordar que mi planeta era la Tierra, mi familia y mi ciudad me hicieron soportar la presión de un viaje orbital. Solo ansío poder ver esa mano en el desierto que me saludará a través de la ventana cuando regrese a mi tierra natal. Minero especialista espacial. Estación Espacial Minera, 2070.

JOSÉ TOMÁS SANTANDER MUÑOZ, 23 años, Antofagasta.

Mis cerros

Miro por la ventana y veo cerros altos y bajos. Voy a otra ventana y entre las cortinas se asoma otro más de color café, con vetas rojas. Salgo hacia el patio y otro me guiña, este me danza, coqueto con sus curvas y formas. Mis cerros me abrazan y juntos danzamos.

MARÍA SILVA HURTADO, 65 años, Antofagasta.

Nostalgia

Manejó seis horas para oler de nuevo el terminal pesquero.

CARLOS RENDÓN BEJARANO, 27 años, Antofagasta.

Bolivia 1878

¿Quién se iba a imaginar que una griega y un chino se enamorarían en Antofagasta?

BENIGNA ZAMBRANO PÉREZ, 36 años, Calama.

Abuelo Taltal

Premio al Talento Mayor

Y siempre tenía esa vehemente frase: Es que soy de Taltal. Desde que tengo recuerdos siempre le escuché, ese era como su grito de júbilo y presentación, imaginaba cómo quería y recordaba a su pueblo. Un día, viendo noticias, le pregunté: Abuelo, ¿dónde queda Taltal? Me quedó mirando y soltó una carcajada, abrió las manos y con ojos muy abiertos dijo: Ni idea, creo que para el sur. Nunca supe si fue otra mentirilla de las tantas del abuelo.

HIGINIO CORTÉS VEGA, 68 años, Antofagasta.

El viento de la muerte

Era un día tranquilo, hasta que de la nada una brisa comenzó a soplar. Y la brisa se convirtió en un fuerte viento que, como todos sabemos, anuncia que uno de nosotros ha partido. La leyenda local así lo dice y, desde que la escuché por primera vez en mi infancia, nunca la cuestioné: «Un fuerte viento resopla en la bahía cada vez que un mejillonino muere». El problema es que la otra parte de la leyenda dice que cuando uno fallece, dos más le acompañan en su viaje. ¿Quién de nosotros será el siguiente?

FELIPE CORONADO VÉLIZ, 33 años, Mejillones.

Una vista majestuosa

Es un punto exacto el que alivia mi estrés, mi nostalgia. Es una vista majestuosa, esa esquina que se visualiza desde la Chimba, La Portada, y ese cerro que recibe a sus pies la Rinconada y se llega con una bella vista a Juan López. La Portada, majestuosa, recibiendo por años los golpes y caricias de las marejadas, solitaria, recibiendo a cada pasajero que en ella descansa, desprendiendo cada cierto tiempo una parte. Deseo que mis nietos te vean y los de ellos también, pero si un día cambias, hablaré de ti, para que jamás te olviden.

PRISCILLA HUERTA CASTILLO, 40 años, Antofagasta.

Corte de luz

Luego de un gran corte de luz, en el cielo hasta casi se pueden ver dibujos hechos con estrellas.

MACARENA AGUILERA REBOLLEDO, 25 años, Antofagasta.

Preguntas, ¿respuestas?

Todos nos preguntamos qué ha de ser de nosotros cuando nuestro paso por este mundo árido acabe. ¿Seremos arena en el desierto? ¿Daremos vueltas por el aire seco? ¿Nadaremos sin ahogarnos en esta costa azul? ¿Compartiremos un vino fantasmal en medio de la Pampa? ¿Conversaremos con el alicanto en el camino? ¿Veremos las almas perdidas de estas tierras sin conocer? Lo único que tengo claro es que el nortino que muere en su lugar, conocerá los secretos de su propio más allá.

AMANDA GONZÁLEZ GALLARDO, 17 años, Antofagasta.

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

Participa en la nueva versión del concurso hasta el 10 de julio en www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



MEDIOS ASOCIADOS

TVN



COLABORA



Universidad
Católica del Norte

PROYECTO ACERCA
de la
LEY DE
**DONACIONES
CULTURALES**